

# EL SERVICIO: MINISTERIO DE TODOS

## DOCUMENTO DE APARECIDA

FR. JUAN CARLOS PLASCENCIA ALDRETE, OFM

### 1. YO LOS ELEGÍ

Cristo, al inicio de su ministerio, elige a los doce para vivir en comunión. Los ha llamado para que vivieran con Él (Mc 3, 14). “Vengan ustedes solos a un lugar deshabitado, para descansar un poco” (Mc 6, 31-32). Al parecer, el encuentro a solas indica que Jesús quiere hablarles al corazón: “Por tanto he aquí, Yo la induciré, y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón” (Os 2, 12). Hoy, también el encuentro de los discípulos con Jesús en la intimidad es indispensable para alimentar la vida personal y comunitaria.

Este *estar a solas* con Jesús, es precisamente para darles a conocer y explicarles todas aquellas cosas competentes a la vida del Reino de los cielos. Es explicarles a detalle por medio de las parábolas y otros ejemplos, para que entendiesen más fácil lo que Dios quiere del hombre. Implica, además, amigas y amigos, una disponibilidad de parte de los llamados. Los que están con Él es porque quieren hacerlo, nadie está obligado. Son aquellos que decidieron dejar todo, trabajo, familia, amigos, estructuras personales, etc., por esta gran novedad llamada Jesús, que en realidad, los ha cautivado en lo más profundo de su corazón.

Al irles explicado todos estos misterios, cabe decir, que hay cosas que no son entendidas a la luz de la razón natural, hay cosas que no comprenden, pero que aceptan con docilidad, inclusive aquellas cosas que iban en contra de sus enseñanzas desde pequeños como: el perdón a los enemigos, ante la ley del talión: “ojo por ojo, diente por diente” (Mt 5, 38), “perdonar no solo siete, sino setenta veces siete” (Mt 18, 21-22). Entre otros.

¿Por qué hablo de esto?, se preguntaran, ¿A qué quiere llegar?, han de decir. La vida de comunión de Jesús y sus seguidores, está sustentada en la vida de comunión afectiva de la Santísima Trinidad, amor por excelencia mutua. “Creo en el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo” (Credo Niceno-constantinopolitano). Por lo que, la Iglesia, no crece por el proselitismo, sino por la atracción cuando se vive en comunión, pues los discípulos de Jesús<sup>1</sup>, serán conocidos en que: “se aman los unos a los otros” (Jn 13, 34). El nuevo mandamiento es lo que une a los discípulos entre sí, reconociéndoles como hermanas y hermanos, obedientes, al mismo Maestro, miembros unidos a la misma cabeza, y por ello, llamados a cuidarse los unos con otros (1Cor 13; Col 3, 12-14).

Cuando el Maestro cree que los discípulos están listos para salir, sucedió: “Sopló sobre ellos y les dijo: Reciban el Espíritu Santo”. Lo da precisamente porque Él mismo lo posee: “El Espíritu del Señor es sobre mí, Por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas á los pobres: Me ha enviado para sanar á los quebrantados de corazón; Para pregonar á los cautivos libertad, Y á los ciegos vista; Para poner en libertad á los oprimidos” (Lc 4, 18).

---

<sup>1</sup> CELAM, *Documento Conclusivo de Aparecida*, V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y el Caribe.

## 2. YO LOS ENVÍO

Mis amigos, con lo que acabamos de ver, nos damos cuenta que ahora los discípulos son enviados; los envío de dos en dos (Mc 6, 7). Los ha enviado a ser *servidores del Evangelio*. Ahora ellos se han convertido en *garantes* de lo que han recibido: “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado y lo que han tocado nuestras manos, esto escribimos acerca del Verbo y os lo anunciamos” (1Jn 1, 1).

Jesús les ha dado autoridad sobre toda enfermedad, y espíritu inmundo. Son la misma persona de Jesús. Actúan en su nombre. Están dispuestos inclusive, dando la vida como testimonio de lo que han recibido. “Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal 2, 20). Por lo tanto, son servidores del evangelio, no ya esclavos, sino libres, son Hijos. “Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero los he llamado amigos, porque les he dado a conocer todo lo que he oído de Mi Padre” (Jn 15, 15). Son verdaderos poseedores de los tesoros del reino: “Y al encontrar una perla de gran valor, fue y vendió todo lo que tenía y la compró” (Mt 13, 46). Esta perla es Cristo, vale más que todo aquello que podemos poseer a lo largo de nuestra vida. No hay nada comparable con lo que poseemos juntos a su lado. Conquistamos aquellas colinas y cumbres más altas de la vida espiritual.

Son enviados los discípulos para ser testigos de la Buena Nueva de salvación para los hombres y mujeres de buena voluntad. No es una idea, una utopía, no es algo abstracto, es más bien palpable, verdadero, fehaciente. Miles de generaciones desde Cristo y antes, han conocidos todo esto y que ahora nosotros recibimos, pero surge una pregunta: ¿Qué estamos heredando a las nuevas generaciones?

¿Cómo podemos aplicar esto? Lo que hemos reflexionado debe ayudarnos a comprender que servir al Señor, no es muchas veces lo que creemos. Eso es parte de nuestro quehacer, por llamarlo así. Para poder entender esto, parto de la definición de servicio: Es la disponibilidad de una persona a otra para ayudarle o contribuirle en su necesidad. En realidad, servir al Señor es otra cosa, en mi opinión, nos lo han enseñado poco. Dice la antífona del salmo 94: “Sirvamos al Señor en santidad y justicia en su presencia todos nuestros días”. También dice Lucas: “En santidad y justicia delante de Él, todos nuestros días” (1, 75). Esto es servir al Señor. Esto es agradecerle. Mis amigos, cuantas veces decimos alabar, servir al Señor y nuestra vida es un caos. Podemos afirmar con certeza, que necesitamos entrar en otra sintonía de Dios, no ya los ritualismos: “Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque ciertamente a los tales el Padre busca que lo adoren” (Jn 4, 23). Necesitamos echar fuera todas aquellas cosas que no agradan a Dios: el rencor, la soberbia, la avaricia, etc. Males verdaderos en el corazón del hombre: “Pero lo que sale de la boca proviene del corazón, y eso es lo que contaminará al hombre” (Mt 15, 18). Es importante tener una vida recta, en lo mejor posible.

Mis hermanos, la vida con Dios no es un adorno, es un verdadero compromiso para aquellos que quieren aventurarse en la plenitud de la vida. Actualmente se nos dice: “el Cristiano de hoy es un místico o no será nada”. Es urgente que hombres y mujeres seamos testigos de la verdad ante una sociedad injusta y mentirosa, opresora, degradadora, sin esperanza, sin fuerza, sin rumbo, violenta, placentera, hedonista y egoísta. Tú y yo debemos ser los garantes de esta verdad que triunfa y salva. Ciertamente, por nuestras propias fuerzas no podemos, pero sí con la gracia de Cristo. Dejemos que Él actúe en nosotros y por nosotros.

He ahí, el fracaso de nuestro proyecto, el timón lo llevo yo, no Él. Necesitamos iniciar un verdadero itinerario de conversión, reconocernos verdaderamente débiles. Sólo en la debilidad la fuerza de Dios se hace presente. Sólo Él es el fuerte: Tu eres el fuerte, el Santo, el Justo, el Grande (San Francisco).

Una de las más arduas tareas que tiene el cristiano es la promoción de la dignidad del hombre y la evangelización, precisamente porque al encontrarse consigo mismo en referencia al Ser Trascendente por excelencia, le permite ampliar los horizontes y perspectivas de su ser personal, de tal manera que, este encuentro consigo mismo le permite esclarecer todos aquellos aspectos y realidades que no puede comprender, como por ejemplo, el mal, la debilidad, la enfermedad, la muerte, desunión, etc. Realidades presentes en el hombre, que dañan y lastiman su ser.

Es por ello que la atención global a la persona es importante. Pues por medio de ella, podemos contribuir a que la vida y su desarrollo del paciente sean más armónicos. Sólo en la atención global a las personas podemos encontrar un camino de integridad persona, pues por medio de la ayuda implícita y explícita contribuimos a que el hombre sea más hombre y la persona sea más persona. San Pablo en su carta a los Romanos (7, 15-21), citada anteriormente, expresa este sentir, sin embargo él mismo encuentra la respuesta a esta experiencia: “¡Tendré que agradecerse a Dios por medio de Jesucristo, nuestro Señor!” (v. 25). Él es la respuesta concreta para el hombre de hoy que vaga por la vida sin ningún sentido. Es ahí, precisamente, donde el encuentro y la relación cercana y recíproca, permiten que estas realidades sean comprendidas, aceptadas y sublimadas. Esta necesidad de plenitud en el hombre es satisfecha, en cierta medida, por su proceso de introspección: ¿Quién soy? ¿Qué quiero? ¿Que busco? ¿A dónde voy?, preguntas claves, dignas de sí y complementadas por medio de un discernimiento y acompañamiento idóneo.

La iniciativa de *estar-con* en el camino, es precisamente Dios mismo, va y ve con una actitud compasiva, se queda con la persona sufriendo y sale de sí para asumir el sufrimiento. (Cf. Lc 1, 26-38. 23,44-49. 24, 1-12. 13, 35). Esta ha sido la actitud y presencia que Jesús (*Imago Dei*) tiene para con el hombre, desde su anuncio por los profetas, al asumir la condición humana, su paso por el calvario y su triunfo en la resurrección. Estos varios aspectos de la vida de Cristo, son puntos de referencia en la construcción del hombre, aunado al texto del libro del Génesis: “Creo Dios al hombre a su imagen y semejanza”. No es por tanto un fruto de la casualidad, a una idea en un cuerpo, como lo piensa Platón, ni obra de la casualidad, ni accidente por sí, sino con una vocación específica: “ser santo como el Señor”.

La experiencia de san Francisco de Asís muestra lo que hemos señalado. Su encuentro con Dios, le hace mirar hacia dentro para iniciar un camino de conversión; su encuentro con el leproso le permite ir al encuentro del hermano sin experimentar repulsión, al grado de considerarlo como un don de Dios: “Y el Señor me dio hermanos” para así, guiado por el Espíritu Santo, corroborar esta obra: “Nadie me dijo que es lo que debía de hacer, el mismo Señor me lo reveló y el Señor Papa me lo confirmó”.

Por ello, el franciscanismo consiste en tener un vivo sentido de la presencia gratuita de Dios en todo lo creado. Este sentido de la gratuidad nos da un modo peculiar de ver, sentir, participar, celebrar la vida y elaborar un sistema con gran atención y respeto a las diversas realidades. El pensamiento franciscano, que brota de la vida y de la experiencia inacabada, es siempre un pensamiento inaugural que va más allá de la palabra hablada y escrita para convertirse en palabra hablante. Es un discurso que asume lo sincrónico de su espíritu fundamental en diálogo permanente con lo diacrónico de cada época.

Así debemos situar la encarnación y la redención en el plan amoroso del Padre, en las obras supremas de la caridad y misericordia divinas. Por ello, la ética franciscana es una ética de la compasión como una forma silenciosa y contemplativa de acompañamiento que al prójimo como hijos de Dios. Esta compasión es una actitud seria de aquellos hombres y mujeres que toman con respeto el sufrimiento y dolor humanos. El *otro* es digno de compasión precisamente porque su dignidad se encuentra herida, y ésta constituye la revelación del valor absoluto que encarna el ser humano. La compasión no es un mero sentimiento vago como un fin en sí mismo; no es una categoría que perpetúa la miseria y la injusticia; ni es signo de debilidad, porque sólo las personas sólidas pueden vivir la compasión como actitud moral, incluyendo las consecuencias sociopolíticas que esto conlleva. La compasión como *ethos*, como proceso, reconoce a la persona sufriente, doliente. Siguiendo el ejemplo evangélico de la parábola del Buen Samaritano por ello tres puntos consecutivos y complementarios en la compasión:

1. *Ir y ver*: La actitud compasiva reconoce a la persona doliente. El Samaritano compasivo, cercano, cordial, sensible, misericordioso, asistencial, voluntario, eficaz, etc. sale al encuentro del prójimo caído, y no como el que se pone en mi camino, sino aquel en cuyo camino yo me sitúo. Sólo es posible ir al encuentro del otro caído, herido, marginado, desde una sensibilidad entendida como el movimiento efectivo y volitivo necesario para ver, sin prejuicios, la verdad de la persona sufriente, doliente.
2. *Quedarse*: Este quedarse responsable significa que en el encuentro con la persona sufriente se conmueve ante la situación de dolor, sufrimiento, acompañando al que sufre. Al quedarse como conmoción-encuentro que afecta-, le sigue el quedarse como conversión-encuentro vinculante-. La respuesta no es el hacer, sino el decir, heme aquí, dar-se-quedándose.
3. *Salir*: La compasión impele a cargar con la realidad del otro-como situación dolorosa-. Este asumir el sufrimiento, singularmente cuando es fruto de la injusticia, provoca un acompañamiento activo, que desemboca en un zambullirse libre y responsable en el camino de salvación.

El itinerario de la compasión pues, está signado por el amor y guía hacia el fin: Dios. Donde el encuentro acogedor, misericordioso, con el Dios compasivo de Jesús de Nazaret planificará la realidad total. De ahí la profunda convicción de que la compasión es el signo creíble de que el mal no tiene la última palabra en la historia de la humanidad. La compasión se nutre de la esperanza en la posibilidad de un cambio eficaz para todos. La ética comienza apelando a Dios y presenta su llamada al seguimiento, al amor-compasión. La Palabra de Dios interpela a la persona y la impulsa a comprometerse en la construcción de un mundo más justo y solidario. Ahora bien, las condiciones necesarias, para oír provechosamente la palabra de Dios y de Cristo, maestro de toda ciencia, son estas: El oyente debe observar la ley divina, conservar la paz divina y alabar a Dios en su Iglesia. Con esta condición acogerá el hombre la mediación de Cristo, en el que se fundamenta todos los tesoros de ciencia y sabiduría.

## CONCLUSIÓN

Servir al Señor es una tarea de siempre. No es momentánea, no es a ratos. Es siempre. Servir al Señor implica hacer justicia, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, dar fe al que duda, testimoniar con palabra y obra y otras tantas formas de amarlo. Ojala que Él nos de su gracia para hacerlo como debería de ser. Con este fin, cuando llegemos a su presencia en el momento de nuestra muerte diremos con certeza al ver que el Señor quiere recompensarnos. Lo haremos con tanto amor: “No me pagues Señor, porque sólo hice lo que debería hacer”. Y gozaremos felices con Él para siempre.

